

DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

José Toribio Medina



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

1 9 3 2

DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

José Toribio Medina



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

1 9 3 2



F. F. Medina

RASGOS BIOGRAFICOS

Al escribir el presente capítulo no me guía otro propósito que el de reunir algunos datos poco conocidos sobre mi amigo Medina.

Mi larga amistad con él me hizo comprenderle bien, y, por ende, apreciar con exactitud sus buenas condiciones y las peculiaridades de su carácter. Cuanto se refiere al retrato moral de un hombre que ha ejercido indiscutible influencia entre sus contemporáneos, es digno, por lo demás, de consignarse en los anales de un país.

José Toribio Medina no fué propiamente un literato. Sería difícil, si no imposible, encontrar una página debida a su pluma que, por esmerada redacción o brillantez de estilo, mereciera incluirse entre los trozos de una antología.

No fué tampoco un estadista. En 1891, durante el período revolucionario que derribó a Balmaceda, ejerció las funciones de regidor de la Municipalidad de Santiago; y en dos ocasiones anteriores desempeñó el cargo de secretario de legación. Estos fueron los únicos empleos políticos que ejerció en su larga vida.

No incluyo entre ellos la cátedra de historia documental de América y de Chile, para la cual, a indicación mía, fué nombrado en el Instituto Pedagógico; porque él mismo se declaró incompe-

tente para la enseñanza, y, después de unas pocas clases, renunció al magisterio. La excusa que dió fué la falta de interés que había comprobado en los alumnos por los estudios de investigación. En realidad, fracasó por carecer de las dotes de profesor, que sólo se adquieren después de largos años de experiencia. En cambio, nadie habrá podido negar su vasta y erudita preparación en materias históricas.

Además, por pocos años desempeñó las funciones de secretario en la facultad de filosofía y humanidades de la Universidad de Chile.

La universal y sólida influencia ejercida por Medina, no sólo en nuestro país sino en toda Hispano-América, no debe, pues, atribuirse al arte literario, ni a su prestigio político. Ella tenía por base la erudición bibliográfica y la inquebrantable tenacidad del investigador. Cuando el capricho o la novelería le indujeron a aventurarse en otros campos literarios que el de su competencia, fracasó completamente, de igual suerte que en los dominios pedagógicos.

Las observaciones apuntadas no amenguan el mérito sobresaliente de nuestro compatriota. Su nombre merece eterna recordación en todas las bibliotecas americanas.

I

Niñez y juventud. Maestros y Colegios.

La familia paterna de Medina fué de modesto origen.

De su bisabuelo, llamado José, no conservaba Medina otras noticias que su nacionalidad española, su firma, y el matrimonio que había contraído en Chile con doña Clara Mandujano.

Un diligente investigador de la sociedad de Colchagua, asegura que don José Medina era hacendado de Paniahue, y vecino de Santa Cruz de Curicó (1).

Según afirma esta misma autoridad, ocho hijos nacieron de su enlace, y uno de ellos fué el abuelo del ilustre bibliógrafo, llamado también José Toribio.

Agricultor como su padre, el primer José Toribio Medina, después de haber casado con doña Mercedes Valderrama, compró en público remate, en el año de 1828, por la suma de tres mil y tantos pesos, el fundo de Chomedahue, en el actual departamento de Santa Cruz (2).

De la señora Valderrama tuvo don José Toribio varias hijas y un solo hijo, a quien dió el nombre de José del Pilar, para manifestar así que debía ser el apoyo de sus hermanas.

De este caballero desciende el preclaro investigador, con cuya memoria se honran las letras chilenas.

No debía de ser persona vulgar el abuelo de Medina; pues hizo toda clase de esfuerzos y sacrificios para que su hijo se instruyera lo mejor posible y adquiriera la profesión de abogado.

Don José del Pilar no se distinguió en el foro; pero sí fué un magistrado recto, en diversos juzgados de la República, Copiapó, Cauquenes, Talca y Valparaíso, por más de veinte años. Aún era joven cuando una enfermedad terrible le obligó a abandonar el servicio público, y se estableció en la capital. Había perdido el uso de las piernas, y no podía moverse de un sillón.

Durante sus horas de ocio había cultivado la poesía, y había publicado bajo el velo del seudónimo numerosas composiciones en verso, en diferentes periódicos de provincia. Algunos años después de su muerte, su hijo José Toribio reunió esas composiciones en un pequeño volumen, que regaló a los que habían sido amigos del autor.

(1) Luis Amesti Casal, *Las casas troncales de Colchagua*.

(2) Datos de don José Toribio Medina y Zavala.

Este pertenecía al partido político fundado por don Manuel Montt, a quien debió su ingreso en la magistratura judicial.

Casado con doña Mariana Zavala y Almeida, sólo tuvo dos hijos: el conocido escritor, a quien está consagrado este estudio, y el cirujano don Alejandro Medina, tronco de numerosa familia.

Las aficiones literarias de don José del Pilar renacieron con vigoroso empuje en el alma de su hijo primogénito; pero, sin duda alguna, mayor influencia en la carrera de éste ejerció la sangre vizcaína de su madre.

La constancia de José Toribio Medina y Zavala, que nunca desmintió hasta la edad proveya, revelaba un organismo de hierro, propio de sus abuelos vascongados.

La familia Medina, en cambio, provenía del sur de España; y, como es notorio, los andaluces, si se distinguen por su gracia, adolecen de versatilidad.

A los pocos meses de nacido,—José Toribio vió por primera vez la luz en Santiago, a 21 de Octubre de 1852,—el primogénito de don José del Pilar fué llevado al fundo de su abuelo paterno, o sea, a Chomedahue, donde le enseñó a leer su tía doña Jesús Medina, cuando tuvo la edad competente para aprovechar de sus lecciones.

Nombrado don José del Pilar juez de Talca, reclamó a su hijo, el cual ya daba muestras de una viveza intelectual no común. En aquella ciudad, fué alumno de un colegio particular.

Después de algunos años, don José del Pilar fué ascendido al juzgado de Valparaíso, y José Toribio continuó sus estudios en el reputado establecimiento de educación que regentaba en el mencionado puerto el maestro inglés Guillermo Linacre.

En estas circunstancias le sobrevino a don José del Pilar el funesto mal que debía postrarle por más de un cuarto de siglo. La familia resolvió entonces trasladarse a Santiago.

José Toribio se incorporó en la capital en el colegio que dirigió el pedagogo español don Enrique Marfa de Santa Olalla.

Este conocido maestro permaneció más de quince años en Chile, consagrado a la enseñanza de la juventud. Después tuvo

a bien dirigirse a orillas del Plata, y en Buenos Aires continuó su interesante obra de educador.

Bajo la dirección de Santa Olalla, Medina adquirió la preparación suficiente para ingresar como alumno del tercer año de humanidades, en 1863, en el Instituto Nacional. Este colegio, cuyo rector era el eminente historiador don Diego Barros Arana, sobresalía en aquella época como el primero de los establecimientos pedagógicos de Chile.

Puede asegurarse que en este centro de cultura superior se formó el espíritu de Medina, y adquirió la conciencia de cuáles eran las inclinaciones dominantes que debían guiarle en el curso de la vida.

No le fué fácil, sin embargo, entregarse por completo a ellas, pues su padre le obligó, puede decirse, a abrazar la profesión forense

¿Qué importancia se reconocía por aquellos años a la carrera de las letras? Ninguna, absolutamente ninguna.

Los discípulos de don Andrés Bello y de don José Victorino Lastarria eran casos excepcionales, y no entusiasmaban a los padres de familia que, a juicio de todos, gozaban de criterio sano y práctico.

«Los versos, decía un personaje de Blest Gana a su hijo (1), los versos son buenos para los holgazanes o los ricos, que no se perjudican perdiendo su tiempo; pero el que aspira a tener fortuna y respetabilidad, debe abandonar esas patrañas, y buscar algo de más positivo. Si dudas de esto, no tienes más que mirar alrededor tuyo y preguntarte quién gana un centavo borroneando papel.....»

A pesar de que en su juventud don José del Pilar había compuesto, según se ha leído, muchos versos, no reconocía al cultivo de las letras una calidad superior, y no quería, como el personaje aludido, que su primogénito perdiera el tiempo.

(1) *El primer amor*, año de 1856.

José Toribio hubo, pues, de seguir el curso de leyes, y, mediante grandes esfuerzos, pues estudió privadamente varias asignaturas, consiguió recibirse de abogado en 26 de Marzo de 1873.

Dichoso día fué éste para el magistrado inválido; pero, debe confesarse, no marca una fecha de primer orden en la larga y fecunda existencia de su hijo.

II

El Gobierno le presta constante apoyo. Otras fuentes de recursos.

Medina habría sido impotente para realizar su vasto plan de reconstrucción histórica si no hubiera contado con los recursos fiscales. Debe recordarse que él se hallaba muy lejos de ser un hombre de fortuna.

Medina no poseía otro caudal que el de su inteligencia y carácter.

Había ya dado pruebas positivas de acendrado amor a las letras cuando don Adolfo Ibáñez, Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Errázuriz Zañartu, le nombró en 1875 secretario de la legación del Perú.

Ibáñez había conocido a Medina con cierta intimidad, con motivo de que este joven visitaba asiduamente su casa (1).

Más aún. Se susurraba con insistencia entre los íntimos de la familia Ibáñez que, ya en aquel tiempo, el futuro historiador había

(1) Por lo demás, don Adolfo Ibáñez había sido amigo del padre de Medina, como que uno y otro militaban en las mismas filas políticas, o sea, en las del partido *nacional*, o *montt-varista*, según lo denominaban sus adversarios.

manifestado su entusiasmo por la hija primogénita del Ministro, con la que debía contraer matrimonio doce años después.

Mercedes Ibáñez y Rondizzoni era entonces muy joven, y aún no se estrenaba en sociedad. Nombrado su padre Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos, en el mismo año de 1875, Mercedes, que daba pruebas de gran precocidad, fué su compañera en este viaje.

De todas suertes, Ibáñez prestó inapreciable servicio a las letras americanas ofreciendo al neófito Medina la ocasión de conocer el rico venero de documentos históricos que entonces encerraba la antigua capital del virreinato del Perú.

Nuestro joven compatriota quedó deslumbrado ante tamaña abundancia de viejos papeles, al igual que los compañeros del conquistador Pizarro en presencia de los tesoros de Atahualpa; y, del mismo modo que Bolívar en el Monte Sacro de Roma, juró cuál había de ser en adelante el objeto de su vida. Así como el glorioso caraqueño hizo profesión de consagrarse a la emancipación de su Patria, el chileno Medina formó entonces el incommovible propósito de reconstruir sobre la base de documentos fidedignos el edificio colosal de la Colonia.

Pero, en Lima, no sólo registró Medina libros y documentos, sino que también estrechó relaciones de amistad con algunos personajes que eran una gloria para el Nuevo Mundo. Allí conoció a Ricardo Palma, el ilustre autor de las *Tradiciones*; al sacerdote González Vigil, quien había tenido la audacia de oponer resistencia a la dictadura de Bolívar; y al general Mendiburu, que iniciaba entonces su notable *Diccionario Histórico*.

Este último le regaló el manuscrito de una obra inédita, escrita en Chile durante el siglo XVII, sobre el gobierno del Presidente Meneses. Medina se apresuró a publicarla en Lima; porque la juzgó del mayor interés para nuestra historia nacional. Como se sabe, aquel gobernante cometió toda clase de desaciertos y atropellos. El libro se hallaba bien escrito y parecía compuesto por autor que conocía perfectamente los sucesos narrados.

En nuestros días se ha llegado a la conclusión de que este trabajo había sido obra del santanderino Santiago de Tesillo, que fué víctima de los excesos de Meneses (1).

No permaneció mucho tiempo Medina en la ciudad de los virreyes.

Debe confesarse que no cultivó buenas relaciones con su jefe, el Ministro don Joaquín Godoi.

Según es tradicional, este talentoso diplomático, que tan eminentes servicios prestó a su país, carecía de un carácter conciliador y amable. Por su parte, Medina era áspero, duro y quisquilloso.

Así pocos amigos conservó nuestro biografiado de los que alegraron su juventud. Sólo recuerdo ocho personas a quienes tenía verdadero cariño: Valentín Letelier, nacido también en 1852, al que profesaba sumo respeto; Víctor M. Chiappa, autor del mejor estudio bibliográfico de sus obras; Enrique Matta Vial, el cual le prestó importante auxilio en la publicación de libros y documentos; el doctor Philippi; el arzobispo Errázuriz; Julio Vicuña Cifuentes, su consultor lexicográfico; su médico Pérez Canto; y por fin, yo, que le acompañé en su última enfermedad.

No enumero a los jóvenes como Luis Popelaire, Guillermo Feliú Cruz y Ricardo Donoso, a quienes distinguía especialmente; porque pertenecían a una generación muy posterior.

Fuera de sus padres, de su mujer, de su hermano Alejandro, de su primo Puyó Medina, y de las demás personas nombradas, no le conocí afectos duraderos.

Por los antecedentes expuestos, se comprenderá que fatalmente debía sobrevenir una ruptura franca entre el secretario y el Ministro de la legación del Perú.

Medina estimó que la mejor manera de resolver el conflicto

(1) Domingo Amunátegui Solar, *Bosquejo histórico de la literatura chilena*, Período colonial. Edición de 1918. Págs. 36-39.

era solicitar una licencia; pero el Ministro Godoi se negó a tramitarla.

En estas circunstancias, fué invitado por una señora chilena, doña Genoveva Mathieu (1), mujer de un caballero inglés, Mr. Thorndike, para que les acompañara a visitar la Exposición de Filadelfia.

Gustosísimo aceptó Medina, y presentó al Ministro la renuncia del cargo público que desempeñaba.

Este fué un viaje rápido que, con las economías realizadas en Lima, facilitó a Medina la visita de los principales archivos de Europa.

Tres meses permaneció en Estados Unidos; y de allí se trasladó a Londres, donde pudo estudiar en el Museo Británico un tema que tenía gran interés para Chile: la historia de la literatura colonial de nuestro país.

De Londres pasó a París, en la cual metrópoli fué asiduo visitante de la Biblioteca Nacional; y, en seguida, a Madrid.

Después de haber consagrado una quincena al Archivo de Indias, en Sevilla, regresó a Chile en el mes de Junio de 1877 (2).

Al volver al suelo natal, pudo Medina exclamar, como el héroe romano: *vine, vidi, vinci*. Presentó su memoria sobre los escritores de la colonia a la facultad de filosofía y humanidades de la Universidad, y fué premiado por aquella corporación.

Desgraciadamente, éste era un período de vacas flacas para el erario nacional, y el libro hubo de ser publicado a expensas del autor y de un grupo selecto de suscriptores.

(1) En señal de reconocimiento, Medina dedicó la *Imprenta en Lima*, a esta benefactora de su juventud, en términos muy cariñosos:

«A la señora doña Genoveva Mathieu v. de Thorndike, nacida en Chile y residente en Lima, dedica este libro con el afecto de una amistad de treinta años y con la gratitud de quien le debió siempre las más delicadas atenciones J. T. Medina. Santiago de Chile, a 26 de Diciembre de 1904.

(2) Para el itinerario de Medina, he aprovechado los datos que suministra don Armando Donoso en su interesante estudio *Vida y Viajes de un erudito*, publicado en 1915, Imprenta del Zig-Zag.

Declarada en 1879 la guerra al Perú y Bolivia, Medina fué de los primeros en trasladarse al norte, para ofrecer sus servicios. Durante la campaña, ejerció el cargo de auditor de guerra del ejército de reserva, y más tarde el de juez de letras en Iquique (1).

De regreso a Santiago, en 1882, publicó la más importante de sus obras, que debía darle justo renombre entre los sabios europeos y anglo-americanos: *Los aborígenes de Chile*.

De advertir es que en nuestro país es el menos conocido de sus libros.

El autor contaba entonces treinta años de edad. Para componer aquel trabajo, tuvo necesidad de recorrer la Araucanía, con grave peligro de su vida.

Medina ha publicado documentos sobre asuntos de mayor resonancia, relativos a los descubridores Balboa, Magallanes, Cabot y Díaz de Solís, a los tribunales americanos de la Inquisición, a la imprenta en Hispano América, y a la vida de don Alonso de Ercilla; pero en ninguno de los libros que contienen esos históricos testimonios ha ofrecido a la ciencia un conjunto de noticias de más gran valor positivo que en *Los aborígenes*.

El problema de los primitivos habitantes de América aún no está resuelto, y periódicamente se reúnen congresos de notables etnólogos, que se comunican los resultados de nuevos estudios e investigaciones sobre la materia.

El hecho de que aún vivieran al sur del Bio-Bío algunos millares de indígenas puros, sin mezcla de otra sangre, comunicaban al libro dado a luz por Medina, quien había examinado a los naturales en su propio territorio, un interés singular. A esta obra debió nuestro com-

(1) Estos empleos le permitieron acogerse, en los últimos años de su vida, a una ley de la República que le daba derecho a jubilación. Antes, el Congreso le había otorgado una pensión anual de \$ 6,000, en recompensa de sus trabajos históricos. Su jubilación por la campaña del norte, aumentó considerablemente aquella suma; de tal modo que llegó a gozar de una entrada de \$ 18,000 al año. Era además dueño de una casa en Santiago y de una propiedad de recreo en San Francisco.

patriota la recompensa de ser nombrado miembro honorario por la *Sociedad de Americanistas*, establecida en la capital de Francia.

A fines de 1884, Medina fué nombrado secretario de la legación de España, de la cual era Ministro el almirante Lynch.

Cuando el Presidente Santa María firmó los despachos, Medina creyó haber llegado a la meta de sus aspiraciones. ¡Por fin, iba a realizar su sueño dorado, viviendo la historia americana en los archivos de la Península!

Antes de partir de Chile, había hecho gestiones a fin de conseguir que el gobierno le otorgara los fondos necesarios para sacar copias de los documentos más interesantes; y se hallaba ya en Madrid cuando el Ministro de Instrucción Pública, a pedido del Consejo de la Universidad, le envió con tal objeto la suma de dos mil pesos (1).

Pocas personas se hallaban mejor preparadas que Medina para emprender semejante trabajo. No sólo sentía un entusiasmo excepcional, sino que también estaba dotado de un espíritu infatigable, al que no arredraban ninguna clase de obstáculos.

Medina conocía perfectamente los documentos históricos que se conservaban en Chile, tanto en los archivos particulares como en los públicos. En el mismo año de 1884, por encargo del gobierno, había dado a luz un índice completo del archivo del Ministerio del Interior.

Medina recorrió todas las bibliotecas españolas donde sospechaba que pudieran existir papeles antiguos relativos a América. Felizmente, su jefe, don Patricio Lynch, le daba plena libertad para que se dedicara a estas investigaciones. Puede asegurarse que Medina era sólo en el nombre secretario de la legación.

Se conserva un testimonio fidedigno del resultado de la ímproba labor realizada por Medina en los dos años de su segundo viaje a Europa.

(1) Víctor M. Chiappa. *Noticias acerca de la vida y obras de don José Toribio Medina*. Año de 1907. Pág. XXI. Consúltese la nota.

En oficio enviado al Ministro de Instrucción Pública de Chile, cuando ya se hallaba de vuelta en Santiago, con fecha 12 de Julio de 1887, le dió cuenta de la inversión que había hecho de los dos mil pesos recibidos, en estos términos:

«El número total de páginas copiadas en papel de hilo, y en forma adecuada para darlas a la imprenta, asciende a 15,678, de las cuales las primeras 3,647 importaron, según los recibos que US. se servirá encontrar adjuntos, 2,755 pesetas; pero, organizando después el trabajo bajo mi inmediata dirección, pude realizar economías que, con las 7,245 pesetas restantes, me permitieron hacer copiar 12,121 páginas más, y atender a los demás gastos de papel y útiles de escritorio, transporte, seguros, etc.» (1).

Nunca una suma tan reducida como la de que pudo disponer Medina, fué mejor aprovechada para el adelanto de la historia patria.

Los dos archivos que proporcionaron al estudioso investigador más fecunda cosecha fueron sin disputa el de Simancas, donde descubrió todas las piezas relativas a la Inquisición Americana, y el de Indias, en Sevilla, en el cual «la más pobre de las colonias (Chile) estaba representada por no menos de 700 legajos, que contenían desde las cartas de Pedro de Valdivia, copiadas con letra tan clara, y en tal estado de conservación, que parecían escritas hacía poco tiempo, hasta las notas de García Carrasco, que daban fe de sus vacilaciones, dudas y errores, ante el asomo de los primeros síntomas de revuelta que, bajo apariencias tímidas y encubiertas, dejaban vislumbrar los hasta entonces sumisos habitantes de este país (2)».

Durante la ausencia de su Patria, Medina sufrió la dolorosa pérdida de su padre; y tuvo que lamentar la muerte de Vicuña Mac-

(1) *Diario Oficial*. Documento citado por Chiappa, en su libro sobre Medina

(2) J. T. Medina. *En busca de datos para la historia de Chile*. *La Tribuna*, de Santiago, de 16 de Agosto de 1888. Citado por Chiappa.

kenna, sin duda el escritor chileno por quien experimentó una simpatía más profunda y sincera.

A su regreso, contrajo matrimonio en Santiago con la señora Mercedes Ibáñez, la cual, no sólo debía ser la colaboradora más eficaz de su tenaz labor de más de cuarenta años, sino la amada compañera de la vida, y el único alivio de su última y penosa enfermedad, que duró seis largos meses.

El año de 1887, Medina dió a luz la *Historia de la Inquisición en Lima*, que dedicó a Barros Arana. Esta fué su única muestra de estimación por el gran historiador nacional.

Posteriormente, las relaciones entre ambos, si no quedaron cortadas, por lo menos, se interrumpieron en forma tal que ellos no volvieron a verse con la antigua cordialidad, propia de un discípulo con su maestro

En 1888, Medina instaló en su casa una pequeña imprenta, a la cual bautizó con el nombre de *Ercilla*, el autor de *La Araucana*; y en ella inició sus dos grandes colecciones: los *Historiadores de Chile*, y los *Documentos inéditos para la Historia de Chile*.

El gobierno contribuyó con fuerte suscripción, consignada en el Presupuesto, a una y otra obra. Por desgracia, la revolución de 1891 suspendió la impresión de ellas.

De la primera colección, únicamente aparecieron las crónicas de los jesuitas Ovalle y Gómez de Vidaurre y la narración sobre la eterna guerra de Arauco de González de Nájera; y de la segunda, los cinco primeros tomos.

La derrota de Balmaceda en los combates de Concón y La Placilla dejó en muy mal pie a los que habían sido sus amigos y partidarios. Medina comprendió que durante varios años no podría continuar sus publicaciones en Chile, y resolvió ir a buscar allende la Cordillera un ambiente favorable.

Aceptó entonces la entusiasta invitación de don Francisco P. Moreno, director del *Museo de la Plata*, para que se trasladara a la República Argentina y publicara allí su *Historia y bibliografía de la Imprenta en el antiguo Virreinato*.

La impresión de este libro costó al *Museo* cerca de doce mil nacionales (1).

Moreno alojó a Medina en el *Museo* mismo (2).

No debe extrañar esta protección dispensada a nuestro compatriota; pues nadie mejor preparado que él para dar a luz el inventario científico, por decirlo así, de la producción intelectual argentina durante la colonia.

Con motivo de la cuestión de límites con Chile, se había desarrollado en los centros cultos de Buenos Aires singular afición a los estudios históricos; y, entre ellos, ninguno más interesante para los hombres de gobierno y para los publicistas, que el conocimiento de los libros, periódicos y reales cédulas de la época del virreinato (3).

La generosidad argentina dió a Medina los recursos necesarios para emprender su tercer viaje a Europa.

Había permanecido a orillas del Plata, más o menos, ocho meses, de Marzo a Octubre de 1892.

El centro principal de sus investigaciones en esta ocasión fué el Archivo de Indias, en Sevilla.

Además, en esta última ciudad estrechó relaciones con dos nobles españoles, el duque de T' Serclaes y el marqués de Jerez de los Caballeros, que poseían las más ricas bibliotecas de la Península. En estas librerías conoció Medina por primera vez algunos libros de gran mérito relativos a la historia americana.

Principalmente, sin embargo, se dedicó a los estudios bibliográficos; y «recogió cuanto le fué posible sobre la imprenta en América (4)». El buen éxito de su obra acerca de la imprenta en el Río

(1) Armando Donoso, *Vida y Viajes de un Erudito*. Pág. 16.

(2) Corriendo los años, Medina recibió como huésped en su casa de Santiago a su amigo Moreno, que ya era perito en la cuestión chileno-argentina. Debe recordarse que allí fué a visitarle el Presidente Errázuriz Echaurren, y arregló con él la cuestión de la Puna de Atacama.

(3) Es muy sabido que en la República Argentina aún no se ha dado a luz una historia completa del período colonial.

(4) Armando Donoso, obra citada. Pág. 18.

de la Plata le había dado ánimos para completar sus estudios sobre aquella materia.

En 1895 (1) regresó a Chile, y en el mismo año pudo reanudar la publicación de sus *Documentos Inéditos*, gracias al auxilio fiscal con que lo favoreció el Ministro de Instrucción don Osvaldo Renjifo (2).

La *Colección de Historiadores* sólo fué continuada en 1898, durante el gobierno de Errázuriz Echaurren, quien mantenía muy cordiales relaciones con Medina (3).

Este último había reconstituido en su casa una pequeña imprenta, que le permitió publicar sus obras con grande economía. Eso sí, le cambió de nombre; y en vez de *Ercilla*, la denominó en adelante *Elzeviriana*.

En 1897, la facultad de filosofía y humanidades de la Universidad de Chile le nombró miembro académico, en reemplazo del respetable sacerdote don Joaquín Larraín Gandarillas, que acababa de fallecer.

Se han hecho cargos a la Universidad por haberse demorado tanto tiempo en incorporar en su seno a Medina; pero los acusadores olvidan que la ley de 1879 disminuyó de 30 a 15 el número de los académicos de cada facultad, y que, para elegir nuevos miembros, había sido necesario esperar que murieran quince universitarios. Medina fué elegido en la primera vacante que ocurrió después de su llegada de Europa.

Desde aquella fecha, la docta corporación se hizo un deber en publicar por su cuenta numerosas obras del ilustre bibliógrafo. Entre ellas, merecen especial mención: la *Biblioteca Hispano-Chilena* (3 volúmenes), *Las Medallas Chilenas*, *Las Monedas Chilenas*,

(1) Se ha dicho y repetido que Medina volvió en 1896. Esta afirmación es inexacta; y, para comprobarlo, basta leer la carátula del tomo 6.º de la colección de *Documentos Inéditos para la Historia de Chile*.

(2) Véase la advertencia preliminar del mencionado tomo 6.º de la *Colección*.

(3) En 1898, Medina publicó su interesante monografía sobre la familia de Errázuriz, con una cariñosa dedicatoria al Presidente de la República.

La instrucción pública en Chile, desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe, el Diccionario Biográfico Colonial de Chile, Sebastián Caboto (2 volúmenes), Vasco Núñez de Balboa (2 volúmenes), y Fernando de Magallanes (2 volúmenes).

A fines de 1902, Medina juzgó indispensable emprender un cuarto viaje de estudio, y, con tal objeto, el Ministro de Instrucción Pública don Rafael Balmaceda le comisionó, con fecha 9 de Octubre, para estudiar la organización de los archivos y bibliotecas públicas de Europa (1).

Ya había dado a luz la historia de las imprentas en el Plata y en Santiago de Chile, y le faltaba narrar la de las imprentas en Lima, en Guatemala y en Méjico. A su juicio, debía hacer nuevas rebuscas en estos tres países

En todas partes, recibió espléndida acogida, y principalmente en Méjico, «donde el excelentísimo Presidente Díaz le concedió una entrevista, y ofreció amplia ayuda para la publicación de las obras que sobre Méjico tenía preparadas (2)».

En esta época nuestro compatriota contaba con segura y numerosa clientela *yanqui* para la venta de sus libros. Estos encargos han continuado sin interrupción después de su muerte, confiados a la viuda del eminente historiógrafo, Como se sabe, Medina fué nombrado en 1905 miembro correspondiente de la *Hispanic Society of América*, fundada en Nueva York por el multimillonario Huntington.

De América, Medina se trasladó a Europa, donde visitó especialmente las bibliotecas del Vaticano y de Turín; y regresó a Chile a fines de 1903.

En el período de ocho años que se extienden a contar desde la última fecha, dió a luz la mayor parte de los tomos que consagró al funcionamiento de la prensa en las capitales del Nuevo Mundo

(1) Chiappa, obra citada. Pág. XXXVIII. Léase la nota.

(2) Chiappa, obra citada. Pág. XL.

durante la colonia; y pudo realizar en 1910 su antiguo proyecto de una edición esmerada de *La Araucana* de Ercilla. El libro llevaba la dedicatoria que sigue:

«A don Enrique Matta Vial, por la inteligente protección que desde su puesto de subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública dispensa a las letras chilenas, y por el empeño que ha manifestado de que saliera a la luz esta edición del primero y más acabado de nuestros poemas nacionales, se la dedica con el afecto de verdadero amigo.—*José Toribio Medina* (1)».

En el mismo año, Medina fué enviado por nuestro gobierno a Buenos Aires, como miembro de la delegación chilena, a fin de que tomara parte en el Congreso de Americanistas que debía celebrarse en el mes de Mayo en la capital argentina.

El ilustre bibliógrafo realizó un quinto viaje a España en Enero de 1912, comisionado por el Ministerio de Instrucción Pública para que estudiara la organización del Archivo Notarial de Madrid (2).

Puede parecer extraño este nuevo viaje a la Península, con un objeto tan ajeno a las actividades de un historiógrafo; pero todo asombro se disipará cuando se sepa que Medina iba en busca de los documentos originales que allí se guardaban relativos a la vida del autor de *La Araucana*.

Gracias a suculentas propinas, y, más que todo, a la protección del Marqués de Laurencín, secretario del Senado, consiguió nuestro compatriota permiso para hacer sacar las copias que necesitaba y pagó a precio de oro. A principios de 1913, regresó a su ciudad natal con los documentos indispensables para componer la vida más exacta y completa hasta hoy conocida del egregio cantor de la guerra araucana (3).

(1) Esta dedicatoria había sido escrita en 1903, como puede comprobarse en la bibliografía de Chiappa publicada en 1907. En el año 10, ya Matta Vial se había retirado de la subsecretaría.

(2) Donoso, *Vida y Viajes de un erudito*, Pág. 20.

(3) Estos documentos fueron publicados por Medina en 1913, y la vida de Ercilla en 1916.

En los últimos quinquenios de su laboriosa existencia, Medina dió a la estampa numerosas obras de diversa índole, literarias, históricas y bibliográficas. En la época en que la mayoría de los hombres anhelan el descanso, su único placer era el trabajo diario y constante.

En 1925, la facultad de filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires imprimió a su costa uno de los libros que Medina había compuesto con mayor interés en el curso de sus peregrinaciones a través de bibliotecas y archivos: el *Diccionario de anónimos y seudónimos hispano-americanos*.

Tres años más tarde, con motivo de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla, la comisión oficial chilena publicó otras dos obras suyas, que envió a aquel certamen internacional: la *Historia de la Real Universidad de San Felipe*, de Santiago de Chile, y un diccionario de *Chilenismos*, presentado a la consideración de la Academia Española.

Al mismo tiempo, Medina recibió de nuestro gobierno encargo especial para representar a Chile en el vigésimo tercero Congreso de Americanistas de Nueva York, y en la exposición sevillana.

A pesar de su ancianidad, el egregio historiógrafo se puso en viaje en Agosto de 1928, y desempeñó con brillo la comisión confiada al celo y competencia que le distinguían, tanto en Estados Unidos como en España. Medina se halló en la imposibilidad de asistir a la inauguración del pabellón de Chile, por las repetidas postergaciones de la fiesta; pero cumplió espléndidamente con otro de los encargos oficiales que llevaba a la Península, y publicó en Sevilla, en 1929, una lujosísima edición de las *Cartas de Pedro de Valdivia*.

Antes de volver a la Patria, permaneció un mes en París, donde presidió una sesión de la *Sociedad de Americanistas* (1).

(1) En esta ocasión tuve oportunidad de acompañar a mi querido amigo en las visitas que hizo a algunas librerías de anticuarios y a algunos sabios hispanófilos, como Foulché-Delbosq, que debía morir pocos meses más tarde.

A mediados del mes de Abril, tomó Medina, en *La Pallice*, el vapor inglés que debía conducirlo a Valparaíso.

Así terminó su sexto y último viaje a Europa.

III

Fecundidad prodigiosa de Medina

Ha habido en Chile dos escritores extraordinariamente fecundos: Vicuña Mackenna y Medina; pero dotados de cualidades muy diversas, y, por decirlo así, opuestas.

El primero poseía una imaginación excepcional, y componía sus libros al son de un arpa eolia, que resonaba muy lejos, en los campos de la verde Erin.

El segundo, o coleccionaba documentos, con paciencia benedictina, o escribía al respaldo de ellos, sin apartarse de su contenido ni en una tilde.

A menudo Vicuña Mackenna olvidaba los testimonios fidedignos que aducía como pruebas, y se lanzaba a representar las escenas de otro tiempo, nada más que con el poderoso auxilio de la fantasía. Nunca fué vencido en sus evocaciones del pasado.

Medina seguía las huellas de sus personajes, a través de los protocolos, con la fidelidad del traperero, o enhebraba los hechos, uno tras otro, tan regularmente como se ensartan las perlas de un collar.

A su manera, ambos ayudaron a reconstruir la grande obra de la historia americana.

Cuando se recorren los centenares de volúmenes publicados por Medina, uno se admira de la suma de perseverancia que necesitó el autor para componerlos. Entre esos libros, hay diccionarios

biográficos, con millares de nombres, y hay bibliografías, que constan de ocho tomos, y comprenden más de doce mil papeletas.

No basta considerar que, para la realización de esta inmensa labor, Medina dispuso de medio siglo de trabajo. No! La actividad de un hombre es limitada; y, por otra parte, además de la tarea cotidiana, debe reservar algunas horas a las obligaciones de la sociedad y a las contrariedades inevitables de la vida.

La verdad es, sin embargo, que Medina compuso él mismo, sin ayuda extraña, toda su obra. Buscó los documentos, y, para ello, emprendió seis viajes, por los principales países de Europa y América; los interpretó cuidadosamente, sin que le ofreciera obstáculos la enmarañada caligrafía de los siglos XVI y XVII; formó el plan de cada uno de sus libros, con la conciencia de un historiador de verdad; estudió a menudo a los autores latinos, ingleses o franceses que podían ofrecerle nuevas noticias sobre los acontecimientos que narraba; escribió con su propia mano las innumerables carillas que abrazaban el texto de los centenares de volúmenes originales dados por él a la estampa; ordenó los índices de nombres y de materias que creyó oportuno agregar a sus bibliografías, y a los tomos consagrados a la historia de la imprenta y de la *Inquisición* en Hispano-América; y, por último, en algunos casos, sirvió él mismo de cajista en la imprenta que había organizado en su propia casa.

Sólo en los últimos años, cuando su mano derecha empezó a mostrarse rebelde para la escritura, y, sobre todo, cuando la letra trazada por su pluma llegó a ser poco clara, usó de la máquina de escribir, no sólo para la relación de los trabajos históricos, sino también en las cartas familiares

Es indudable, pues, que Medina poseía dentro de su organismo una potencia formidable de trabajo, y que sin ella no habría dado remate a la colosal labor que lleva su nombre.

Pero, además, debe convenirse en que el pasmoso resultado de sus esfuerzos, puestos en juego por espacio de medio siglo, reconoció como una de las causas principales el régimen de vida a que él se sometió, con inquebrantable tenacidad.

El hecho de no haber tenido hijos le permitió dedicarse enteramente a sus estudios de bibliografía y de historia. Para Medina, el goce más grande en la madurez de la vida fué el trabajo; y se sentía feliz cuando terminaba un libro, o cuando resolvía un problema histórico.

Así se explicaba que soportara las más amargas privaciones y las más duras inclemencias del tiempo, mientras permanecía horas de horas y días de días en los archivos de Simancas o de Alcalá de Henares, en medio del riguroso invierno de Castilla. El hallazgo de un manuscrito desconocido le indemnizaba de todas las penalidades de un mes.

Medina se había acostumbrado a concentrar las energías de su alma en un solo objeto: la historia del imperio colonial español. No vivía ni pensaba sino para estudiarla en sus diferentes facetas.

Y procedía así, no sólo en América, sino en Europa: en Francia, en España y en Italia. Para él, no había entretenimiento cuya tentación pudiera apartarle del plan que se había propuesto.

Le conocí íntimamente, desde el año de 1895 hasta su muerte, y puedo dar testimonio del empleo que daba a los diferentes días del mes.

Una de las pocas diversiones que amenizaban su vida era el teatro. Nunca dejó de abonarse al Municipal; y, cuando este salón interrumpió sus funciones, casi nunca dejó de asistir en los días festivos al cinematógrafo más cercano.

Se acostaba temprano, y en las primeras horas de la noche leía siempre novelas, de preferencia españolas. Aunque traducía el francés y el inglés, tenía especial agrado en recorrer las páginas de un cuentista peninsular; porque ellos le recordaban las costumbres de España, donde había vivido la época más dichosa de su juventud y madurez.

De advertir es que nunca ví a Medina leyendo una obra filosófica o de sociología, y que no me tocó encontrarlo entusiasmado con una de esas historias fundamentales, de autores franceses, ingleses o alemanes, como la de Mommsen, verbigracia, que habrían

podido completar sus conocimientos sobre el desarrollo de la civilización en el mundo.

A Medina no le interesaban verdaderamente sino los libros que de cerca o de lejos trataban de asuntos americanos; y, en prueba de ello, no guardaba en su biblioteca otra clase de obras (1).

El vastísimo campo a que consagró sus constantes afanes le hizo perder en intensidad lo que ganó en extensión. Si hubiera profundizado algunos de los temas de sus libros, no habría sido tan fecundo

Medina ha proporcionado abundantes materiales a los especialistas. Sus biografías documentadas de Balboa, Magallanes y Cabot le ponen al nivel de Harrisse y de Vignaud como investigador de la época de los descubrimientos.

Sus crónicas del Santo Oficio en Méjico, en Lima y en Cartagena de las Indias han sido aprovechadas por el angloamericano Lea, en la importante síntesis que publicó en 1908 sobre *La Inquisición en los países dependientes de España*.

Las bibliografías compuestas por Medina relativas a la imprenta en Hispano-América suman treinta y cinco gruesos volúmenes, que suministran valiosísimo tema para un libro aún no dado a la estampa

De igual suerte, los trabajos de nuestro compatriota sobre la etnografía, conquista y colonización de Chile constituyen sólida base de obras históricas, algunas ya publicadas y otras sin duda próximas a salir a luz.

Don Rodolfo Lenz, don Ricardo Latcham y don Tomás Guevara citan con encomio *Los Aborígenes de Chile* de Medina en sus interesantes estudios araucanos.

Los *Documentos Inéditos* y los *Historiadores de Chile* impresos por él forman el fundamento de la historia de la conquista de nuestro país escrita por historiadores tan ilustres como don Tomás Thayer Ojeda y don Crescente Errázuriz.

(1) Consúltese el Catálogo de su biblioteca, publicado en 1926.

Sus libros de numismática hispano-americana han proporcionado datos de valor inapreciable a los economistas; y los *Chilenismos*, que comunicó con oportunidad a la Academia Española, han merecido en parte la aceptación del docto instituto en su último léxico.

Medina no habría tenido materialmente tiempo para componer obras de carácter filosófico o sociológico. Por lo demás, la investigación histórica es de una índole completamente diversa de la labor propia de los pensadores que estudian el desenvolvimiento de las sociedades humanas.

Descubrir hechos nuevos y poner en claro la verdad de los ya conocidos equivale al análisis de las premisas en los métodos de inducción; y, cuando un autor como Medina consagra todas las potencias de su alma a formar el inventario completo de la vida de un continente, agota sus energías intelectuales, y llega a la ancianidad sin deducir de aquellos hechos las leyes que los coordinan y los explican.

En cambio, es innegable que la obra realizada por hombres como él constituye un antecedente forzoso para que otros ahonden el examen de las condiciones de la vida en determinados tiempos y lugares.

El gran filósofo griego Sócrates se califica a sí mismo como un *partero de los espíritus*. Sin violentar el significado de las palabras, podría afirmarse que José Toribio Medina fué un *partero de historiadores*.



SINTESIS DE SU OBRA (1)

La Sociedad Chilena de Historia y Geografía concedió su primera medalla de oro al esclarecido sacerdote que por consenso unánime merece la palma entre los actuales historiadores de nuestro país.

Pocos, muy pocos, han alcanzado como él esa serenidad y elevación de espíritu, esa imparcialidad de criterio, que permiten juzgar los hombres y las cosas sin que los hechos aparezcan teñidos con las pasiones dominantes.

Ya sea que refiera las heroicas hazañas de Pedro de Valdivia y de sus compañeros y sucesores; ya sea que pinte los horrores y sacrificios de la destrucción de las siete ciudades en el territorio araucano; ya sea, por último, que ponga de relieve las ilusiones y descabros del sistema de guerra defensiva que autorizó el Rey con el fin de someter a los indígenas de Chile, el historiador a quien aludo sólo se propone decir la verdad, nada más que la verdad,

(1) Discurso leído en la sesión general de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, al entregar al señor Medina la medalla de oro de la Sociedad.

con todos los pormenores de una crónica; de tal modo que si, cada vez que es necesario, emite juicios generales sobre una época o sobre un personaje, a menudo nos hace presenciar los sucesos que narra.

Este distinguido compatriota nuestro no teme que le tachen de demasiado minucioso, ni que le enrostre como un delito el de que, si hubiera de seguirse su ejemplo, «una colonia secundaria durante la dominación española tendría historias más largas que la de Roma de Mommsen, más largas que la de Grecia por Curtius o por Grote.»

Nó. Su sincero amor a la patria y su entusiasmo por los gloriosos hechos de los soldados españoles en un verdadero rincón del mundo le hacen juzgar interesante el estudio prolijo y concienzudo de la transformación maravillosa que ha experimentado este pueblo, de salvaje y grosero que fué a mediados del siglo XVI, en sociedad moderna y bien regida.

Nuestra Corporación otorga hoy también medalla de oro a un escritor no menos excelso que el señor Errázuriz, pero de distintas cualidades.

Don José Toribio Medina, en el vastísimo campo de investigación histórica, ha ejercitado sus singulares dotes de erudito y de bibliógrafo, cual ningún otro hijo de este continente, en todos los archivos hispanoamericanos.

La labor realizada por él es tan considerable, que sus libros impresos se cuentan, nó por decenas, sino por centenares.

Medina goza de reputación y prestigio en España y en América, en las Universidades sajonas de los Estados Unidos, y en las corporaciones científicas latinoamericanas.

Y esta merecida fama descansa sobre base cierta; porque, como lo sabéis, no hay sección alguna del Nuevo Mundo a la cual no haya consagrado obras de importancia.

La extraordinaria suma de trabajo intelectual que representan los numerosos volúmenes debidos a su pluma le habría bastado para acumular en poco tiempo una gran hacienda; pero Medina

ha preferido a la carrera inquieta de los negocios, que, sin embargo, arrastra y esclaviza a la mayoría de los hombres, la paciente profesión de las letras, en que muy pocos anhelan triunfar, sobre todo, en estos países.

Han transcurrido ya más de cincuenta años desde que abandonó la vida el más notable biógrafo de Cristóbal Colón, el angloamericano Irving; y no debe, pues, causar asombro que sus sabias investigaciones y sus prolijos datos sobre aquel ilustre genovés hayan sido rectificadas y completadas.

Después de él, otro erudito, también ciudadano de la gran República del Norte, aunque nacido en Francia, Enrique Harrisse, ha adelantado de un modo sorprendente las noticias que poseemos acerca de los viajes de fines del siglo XV y en el siglo XVI realizados por europeos en América.

Además, los preciosos manuscritos que se encontraron en archivos públicos y particulares con ocasión de las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo han dado vigoroso impulso a los estudios de carácter científico acerca de la manera cómo concibió Colón su heroica empresa.

En tal materia nadie aventaja al gran crítico americano Vignaud; pero cúmplenos recordar con el más interno agrado que nuestro consocio Medina ocupa lugar de preferencia entre los eruditos que han contribuído eficazmente a esclarecer las vidas y los viajes de los primeros exploradores de América.

Su memoria sobre el descubrimiento del Río de las Amazonas por Orellana, en la cual reproduce la crónica de este viaje escrita por uno de los expedicionarios, fray Gaspar de Carvajal, encierra todo el interés de un expediente de primera mano, comentado y explicado con sabias notas, que arrojan viva luz sobre una comarca hasta hoy de las más desconocidas de la tierra.

En el libro que publicó algunos años más tarde sobre Díaz de Solís, Medina prueba hasta la evidencia que éste fué el descubridor del Río de La Plata; y transcribe la capitulación, antes ignorada, por el cual el Rey autorizó aquel viaje. El distinguido es-

critor argentino don Ernesto Quesada calificó este trabajo en el año de 1897, de «obra capital, y la más completa que existe.»

Un decenio después, nuestro laureado compatriota presentó a la Universidad extensa memoria en dos tomos sobre «el veneciano Sebastián Caboto al servicio de España», que el ilustre HARRISSE describe al mundo sabio en estos términos: «Obra de importancia, concienzudamente escrita, y enriquecida con un corpus de 160 series de documentos comprensivos de nueve mil piezas, más o menos, sacadas sobre todo del Archivo de Indias de Sevilla, mencionadas o dadas a luz *in extenso* por primera vez». (*Revue Historique*, tomo CII, año 1909, París).

Aunque el objeto del autor se dirigía sólo a esclarecer una época de la vida de su héroe, se había visto obligado, para la mejor inteligencia del asunto, a resumir los primeros años de aquél y la historia de su padre, Juan Caboto, quien, como se sabe, fué el primer europeo que a fines del siglo XV llegó a las costas de América del Norte.

Sebastián, según lo demuestra Medina, no realizó otra expedición a América que la de las regiones del Río de la Plata, ya descubiertas por Díaz de Solís.

La persona de Núñez de Balboa no podía menos de tentar al espíritu investigador de nuestro amigo, y la Memoria que sobre tan interesante tema ha compuesto y presentado a la Universidad despertará sin duda el aplauso de todos los americanistas.

El segundo tomo, que ha visto la luz en este año, se halla consagrado a los documentos; y comprende 203 series de ellos, publicados por primera vez en extenso casi todos.

En el primer tomo, aún en manuscrito, el autor refiere la biografía y estudia las expediciones del célebre descubridor.

La extraordinaria figura de Balboa se alza en la obra de Medina despojada de las leyendas que la hacen oscura, pero con todos sus rasgos esenciales; y su vida es completa, porque no se calla nada de lo que la deprime o agiganta.

Balboa entrará en escena, según lo ha referido siempre la historia, como deudor fallido en la expedición de Fernández de Enciso,

la cual salió de Santo Domingo con rumbo al Darién en Febrero de 1510; pero, nó encerrado en un barril, sino envuelto, y completamente oculto, entre los pliegues de una vela, gracias a la protección de mano piadosa y amiga.

Y terminará su agitada carrera el hacha del verdugo, en obediencia a instrucciones del gobernador Pedrarias Dávila, dentro de la plaza del pueblo de Acla.

Medina nos ha dado a conocer, como preciado fruto de su infatigable rebusca, el auto por el cual se inició el proceso contra aquel héroe, quien sin duda prestó a la humanidad de entonces grandioso beneficio con el descubrimiento de la Mar del Sur, fuente y origen de la conquista y colonización de nuestro país; del mismo modo que de la apertura del istmo de Panamá aprovechará el mundo entero, y especialmente las naciones que, al igual de Chile, se hallan situadas en las costas occidentales de América.

Medina nos ha ofrecido asimismo el regalo de documentos desconocidos sobre Hernando de Magallanes, descubridor del estrecho que lleva su glorioso nombre; sobre Diego García de Moguer y Gonzalo de Acosta, exploradores del Río de La Plata en la primera mitad del siglo XVI; acerca de la frustrada tentativa de León Pancaldo para atravesar el estrecho de Magallanes; y sobre Esteban Gómez y sus locas esperanzas de encontrar un estrecho en el norte de América, por el cual las naves pudieran fácilmente pasar del Atlántico al Pacífico.

Pero no son por cierto los que he enumerado los principales títulos de don José Toribio Medina al reconocimiento de los estudios de la historia americana.

La época sombría de la colonia ha sido el objeto de sus más ardientes desvelos.

Se ha repetido a menudo que los dominios españoles de América no fueron durante tres siglos sino un colosal convento. Y, en verdad, abundan los datos positivos para asegurarlo. A mediados del siglo XVII, los monasterios de religiosos de uno y otro sexo llegaban a 840; y se ha calculado que el clero hispanoamericano,

entre regulares y seculares, a fines del siglo XVIII, sumaban de 35,000 a 40,000 individuos.

Debe, además, tomarse en cuenta el poder omnímodo de los misioneros en algunos territorios de indígenas, sobre todo en el Paraguay, donde la Compañía de Jesús constituyó un estado independiente

Pues bien, Medina ha agregado a la historia de la colonia, merced a infatigables esfuerzos de toda su vida, dos capítulos, en los cuales confirma la tesis de que no es vana metáfora la de llamar convento a la sociedad americana de entonces: su monumental bibliografía de la América Española, y la extensa y fidedigna crónica de los Tribunales del Santo Oficio en los países del Nuevo Mundo.

Nada puede suministrar más exacta idea del ser íntimo de una sociedad y de sus tendencias dominantes que el examen de sus obras impresas.

En el catálogo magno compuesto por Medina de las producciones de la tipografía en la América Colonial, se registran desde los enormes folios a que eran tan aficionados los eruditos de antaño, hasta las simples hojas y esquelas con que se daban avisos de interés público o se dirigían convites a ceremonias particulares.

En los diversos volúmenes que él consagra a la Imprenta en Méjico y en Lima, en Cartagena de las Indias y en el Río de La Plata, en Bogotá y en Chile, en Guatemala y en Caracas, pueden estudiarse con hondura cuáles fueron las necesidades intelectuales de esas colonias injertadas por el Rey entre los aborígenes americanos, y de las cuáles se han formado otras tantas repúblicas.

El servicio prestado por Medina a la historia social de nuestro Continente, con la publicación de sus libros sobre bibliografía, es imponderable, y ha sido ensalzado por las primeras autoridades en la materia.

Séame lícito citar a Mr. Garnett, Director del Museo Británico, quien, a propósito de la Historia de la Imprenta en el Plata, estampó en un artículo firmado con su nombre este raro y justo elogio:...., «Si el resto de la América Española fuera estudiado de igual modo,

la parte más olvidada del mundo podría rivalizar, sino sobrepujarla, con cualquiera nación de Europa por la importancia de sus anales bibliográficos.»

Los votos que implícitamente formuló el jefe de aquella gran biblioteca europea se han cumplido; y el benemérito erudito chileno, que en los principios de su carrera tuvo la audacia de «tomar un continente entero como su provincia», según la feliz expresión del mismo Garnett, ha dado remate a tan gigantesca labor.

Méjico fué la primera ciudad de América que tuvo la gloria de poseer una prensa, antes que Madrid misma, destinada, sin embargo, a ser capital de España; y el primer libro que se publicó en aquel virreinato es una obra mística, *Escala Espiritual de San Juan Chmaco*, dada a luz en el año de 1535, según la opinión de Medina.

Nuestro consocio ha escrito y publicado la historia de las producciones de la imprenta en las siguientes ciudades y países, dentro de las fechas que se indican:

- Méjico (1539-1821), ocho tomos.
- Lima (1584-1824), cuatro tomos.
- Puebla de Los Angeles (1640-1821).
- Guatemala (1660-1821).
- Manila (1593-1810), dos volúmenes.
- Paraguay (1705-1727).
- Córdoba del Tucumán (1766).
- Buenos Aires (1780-1810).
- Montevideo (1807-1810).
- La Habana (1707-1810).
- Bogotá (1739-1821).
- Ambato (1754-1759).
- Quito (1760-1818).
- Angostura (1819-1820).
- Curazao (1814).
- Guayaquil (1810-1822).

Maracaíbo (1822).
Nueva Orleans (1769-1810).
Nueva Valencia (1764-1813).
Panamá (1822-1823).
Popayán (1816-1819).
Puerto España (1786-1790).
Puerto Rico (1808-1817).
Querétaro (1821).
Santa Marta (1816).
Santiago de Cuba (1792-1810).
Santo Domingo (1821).
Tunja (1814).
Guadalajara de Méjico (1793-1821).
Veracruz (1794-1821).
Oajaca (1720-1820).
Cartagena de las Indias (1809-1820).
Caracas (1808-1821).
Mérida de Yucatán (1813-1821).
Santiago de Chile (1780-1817).

El examen cuidadoso de la bibliografía de las principales imprentas de la colonia, o sea, de Méjico, Lima, Puebla y Guatémala, nos revela cuál era el espíritu de estas sociedades y de las demás que formaban el imperio español en América.

En la primera época, los editores dan preferencia a las gramáticas y vocabularios de las lenguas indígenas, como que tales libros proporcionaban las armas indispensables para la conversión de los naturales a la fe cristiana y para su sometimiento a la autoridad del Rey.

La segunda época pertenece a las grandes crónicas de los institutos religiosos, que en numerosas páginas y capítulos narran hasta los más pequeños incidentes ocurridos en los claustros; las vidas de los santos, prelados y sacerdotes de la Orden; y los milagros y conversiones realizados por ellos.

En la tercera época, por fin, dominan las relaciones de las fiestas oficiales o académicas, y las obras místicas y teológicas.

A este período alude Mr. Garnett cuando en su artículo citado lanza este agudo dardo:

«Ceremonias públicas, corridas de toros, leyendas de santos, conclusiones sobre filosofía escolástica componen el triste catálogo, y manifiestan cómo un pueblo activo y hábil era condenado sistemáticamente en lo que a sus mandatarios toca, a la frivolidad, superstición e ignorancia.»

Más elocuentes pruebas, si cabe, ofrece la historia de la Inquisición Americana en apoyo del juicio anterior sobre las sociedades de la colonia.

Pero, antes de enunciar este tema, que no da tiempo para más la naturaleza de la fiesta a la cual asistimos, deben citarse tres importantes trabajos de Medina que completan su obra bibliográfica.

Entre 1898 y 1902 dió a la estampa los 6 tomos de su extensísima *Biblioteca Hispano-Americana* (1493-1810), en que principalmente describe los libros compuestos por hombres de raza española que tratan de América, sin excluir los publicados por americanos o españoles que vivieron en América, cuyo asunto no tiene relación con las cosas del Nuevo Mundo, ni los libros impresos en la Península por extranjeros, en castellano o en latín, sobre asuntos americanos.

Casi al mismo tiempo que el primer tomo de esta *Biblioteca*, Medina entregó a la prensa la *Hispano-Chilena*, (1523-1817), presentada como memoria universitaria, en tres gruesos tomos.

A fin de que mejor se comprenda el interés que ella encierra para los hijos de nuestro país, basta saber que da cabida a todos los libros, folletos y papeles publicados en Europa o América por chilenos, o españoles que alguna función ejercieron en Chile, sea que traten o nó de asuntos nacionales.

Por último, su *Bibliografía Española de las Islas Filipinas* (1523-1810), que completa la bibliografía de Manila, apareció en los *Anales* de nuestra Universidad en el año de 1897.

Medina ha consagrado a la historia de la Inquisición en América diez volúmenes, en la forma que sigue: sobre la primitiva Inquisición Americana, dos tomos; sobre el tribunal fundado en Méjico, un tomo; dos sobre el de Lima; dos relativos a Chile; uno a las Islas Filipinas; uno al Río de La Plata; y otro, por fin, al tribunal establecido en Cartagena de las Indias.

El Rey sólo creó en este Continente tres tribunales del Santo Oficio: el de Méjico, el de Lima y el de Cartagena. En las demás colonias, como Chile y el Río de La Plata, la Inquisición estuvo representada por comisarios.

Las facultades del siniestro tribunal eran muy extensas; y, a su solo nombre, el terror se apoderaba del ánimo de los varones más fuertes.

La Inquisición tenía poder para arrebatarse a cualquier individuo, por influyente que fuera, la libertad, su hacienda y su honra.

Por meras sospechas, estaba autorizada a mantener a los reos en la cárcel meses de meses y años de años; y a imponerles terribles tormentos, a fin de que declararan la verdad.

Sólo una cosa estaba fuera de su jurisdicción: la vida humana; pero ésta quedaba de ordinario tan desmedrada, después de un largo proceso, que más habría valido perderla.

Por otra parte, cuando los inquisidores declaraban que un reo merecía la última pena, era entregado a la justicia ordinaria, y ésta ejecutaba sin demora la sentencia.

Estos sacrificios humanos involuntariamente recuerdan los holocaustos ofrecidos por los indígenas de Méjico y el Perú; y, en virtud de imprescindible asociación de ideas, traen al espíritu la imagen sangrienta de las carnicerías de nuestras guerras civiles.

¡Ayer, la superstición y barbarie de los naturales de América; más tarde, el despotismo administrativo; hoy, las antinomias de clases y el odio de razas!

¡Siempre el hombre contra el hombre! ¡No! La alta civilización aun no sienta sus reales en esta tierra joven y predilecta del Océano.

Durante su primera época, la Inquisición persiguió y condenó

a los moros, a los judíos y a los luteranos; en su segunda época, a los portugueses; y finalmente, a mediados del siglo XVIII, a los libre pensadores.

Arma política más bien que religiosa, el Santo Oficio tuvo por resultado el de reprimir el vuelo de las almas y hacerlas caber en el molde estrecho de aquellas sociedades.

Los estudios de Medina sobre los tribunales del Santo Oficio han sido aprovechados y resumidos por el notable escritor anglo-americano, Mr. Lea, quien dió a la estampa en Nueva York, en 1908, un interesante volumen con este título: *La Inquisición en los países dependientes de España*.

Sin los libros de nuestro ilustre consocio sobre la historia de la imprenta y del Santo Oficio en América, el conocimiento que tenemos de las sociedades de entonces adolecería de grandes vacíos.

El hombre siempre ha dejado huellas de su paso por la tierra, desde épocas muy lejanas. Las armas; los utensilios; los tejidos; en todo caso, los huesos, permiten reconstituir su vida y señalar la raza a que pertenece.

La inteligencia humana ha inventado, sin embargo, un procedimiento mucho más seguro a fin de conservar el recuerdo de las cosas que fueron: los caracteres fenicios.

Basta a veces un solo libro para rehacer el cuadro completo de una sociedad.

Las obras impresas en la época colonial y las hogueras encendidas por la Inquisición alumbran a la sociedad hispanoamericana, desde la superficie hasta el fondo, en un vasto período de tres siglos.

La historia de América es, además, deudora a don José Toribio Medina de importantes obras sobre numismática.

Hasta la fecha lleva publicados los volúmenes que siguen: *Medallas Coloniales Hispano-Americanas*, *Las Medallas chilenas*; *Las monedas chilenas*; y *Bibliografía Numismática Colonial Hispano-Americana*.

Esta clase de trabajos no encierran importancia exclusivamente técnica, como a primera vista pudiera suponerse; pues ofrecen va-

liosos datos de interés general, que explican en muchas ocasiones la política de los Gobiernos.

El estudio sobre las monedas de Chile, el cual llega hasta nuestros días, empieza con una reseña histórica de la fundación de la Casa de Moneda de Santiago; y suministra copiosas e interesantes noticias que se relacionan con la historia económica de esta república:

Nuestros hacendistas encontrarán en la obra mencionada las verdaderas causas de graves fenómenos financieros del tiempo antiguo.

Según se ve por la anterior exposición, Medina ha contribuído de una manera poderosa al esclarecimiento de la historia del Nuevo Mundo.

«No hay para qué decir, escribe Rafael Altamira, que sería imposible dar un paso en la historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina, y que, gracias a él, podremos el día de mañana conocer científicamente el proceso de nuestra conquista y colonización en buena parte de la América del Sur.»

Como habría sido de imaginarlo, el escritor cuya fiesta celebramos ha dedicado tenaces esfuerzos a la investigación de la historia colonial de su patria; y ha publicado más de 90 volúmenes relativos a Chile, en los cuales estudia los diversos aspectos que ofrece un pueblo: etnológico, político, religioso, intelectual, guerrero, económico, social y literario.

En las páginas ya leídas, he recordado los libros que ha compuesto sobre la Imprenta y la Inquisición, sobre las medallas y monedas chilenas y su valiosísima Biblioteca Hispano-Chilena. Tócame ahora mencionar, entre las demás obras de nuestro consocio, aquellas que presentan especial valor para los hijos de este país.

Corresponde, sin duda, la primacía a *Los Aborígenes de Chile*, libro que mereció aplausos de jueces tan competentes como Barros Arana y Vicuña Mackenna, y que ha sido juzgado por el Dr. Lenz con estas expresivas palabras: «inagotable tesoro de noticias sobre los araucanos de los siglos pasados.»

Este tema es la base sobre la cual debe descansar todo el edificio histórico de nuestra nacionalidad.

Medina ha querido también vincular su nombre y su prestigio, como no podía menos de ser, al poema que inmortaliza las hazañas de Caupolicán y de Lautaro; y actualmente prepara espléndida biografía de don Alonso de Ercilla y Zúñiga, después de haber cumplido en 1910 la obligación que él mismo se impuso de imprimir en su casa, con lujo excepcional, el texto del poema.

Pero el más sólido monumento con que ha enriquecido la Historia de Chile son sus 30 volúmenes de documentos inéditos, que inició en 1888 y que han permitido rehacer todo el período de la Conquista.

Es una verdadera desgracia que semejante obra no pueda continuarse, por estar suspendido el auxilio fiscal que la fomentaba.

Medina tiene preparado y listo para la imprenta el material de los volúmenes que deben seguir, hasta el fin del período de la colonia.

Ese material fué copiado bajo su dirección, y extraído, según las gráficas palabras de René-Moreno, «de la cantera misma de los archivos originales», esto es, de los archivos de la Península.

La importante *Colección de Historiadores de Chile*, que sólo comprendía once tomos en 1878, ha sido, además, continuada por Medina, y ya cuenta con cuarenta y dos tomos.

En esta *Colección*, se han incluido dos clases de obras, ambas de gran interés: las narraciones de los cronistas, nacionales o extranjeros; y las actas del Cabildo de Santiago.

Se debe a Medina el que hayan sido publicados por primera vez o reimpressos en ella los libros que se enumeran en seguida:

Memorias de don Francisco de Meneses, por fray Juan de Jesús María.

Histórica relación del reino de Chile, por el padre Alonso de Ovalle.

Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile, por Gómez de Vidaurre.

Desengaño y reparo de la guerra de Chile, por Alonso González de Nájera.

Historia de Chile, por Pérez García.

Varios capítulos inéditos de la *Historia* del Padre Olivares.

Compendio de la Historia de Chile, por el abate Molina.

La publicación de las actas del Cabildo de Santiago tiene una importancia positiva, mucho mayor que la de las obras cuya lista acaba de leerse.

«La historia municipal de Santiago es a la Colonia, escribe uno de nuestros maestros, lo que la historia parlamentaria es a la República».

La *Colección de Historiadores* comprende en su primer tomo el Libro Becerro, o sea, las actas levantadas por los conquistadores desde 1541 hasta 1557.

Entre las obras de don Miguel Luis Amunátegui, apareció por los años de 1890 y 1891 la que lleva por título *El Cabildo de Santiago*, en la cual se insertan íntegras las actas capitulares que empiezan en 1573 y terminan en 1581.

Medina, gracias a su perseverancia inquebrantable, ha continuado la misma labor, y, con éxito que no conocieron sus antecesores, ha alcanzado a descifrar y a publicar las actas de más de un siglo: desde el año 1558 hasta fines de 1691.

Esta magna obra ofrecerá a los historiadores de mañana una base de documentos incontrovertibles, que va a permitirles describir con exactitud la vida social y política de Santiago durante los siglos XVI y XVII.

Don José Toribio Medina es asimismo autor de tres libros que se completan y que contienen en resumen la historia de nuestro país mientras estuvo sometido a España: su *Literatura Colonial*; su *Crónica de la Instrucción Pública*, desde los orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe; y, por fin, su *Diccionario Biográfico*.

No necesito advertiros que no he tenido tiempo para hacer

mención de muchos otros estudios interesantes compuestos y publicados por él.

Cuando se analiza la bibliografía de los trabajos de Medina, parece en realidad inverosímil que hayan sido escritos por una sola pluma.

«Ni en América, ni en Europa, ni en ninguna parte, ha dicho con su firma un conocido literato, nadie puede competir con él en fecundidad.»

Se le ha criticado, sin embargo, con dureza; y se ha observado que en sus obras faltan puntos y comas, y algunas de las fechas y nombres adolecen de inexactitud.

Puede ser que estas censuras nazcan de fuente imparcial; pero el resultado será, a no dudarlo, que, a la inversa de numerosos libros donosamente escritos, y olvidados antes de secarse la tinta con que han sido impresos, las obras de Medina, que encierran verdadera médula de historia, conservarán su prestigio años de años y enseñarán a muchas generaciones.



MUERTE DE MEDINA ⁽¹⁾

No sólo es una desgracia nacional, sino una desgracia americana.

José Toribio Medina fué un obrero infatigable en favor de la unión de todos los pueblos hispano-americanos.

Sus obras presentan valiosos argumentos de hecho, que no admiten réplica, para demostrar la comunidad de intereses de las repúblicas del Nuevo Mundo.

Las bibliografías publicadas por Medina, de los grandes descubridores y de los grandes navegantes, como Balboa y Magallanes, ponen en evidencia que las cunas donde estas repúblicas nacieron fueron tejidas con idéntico mimbre, y labradas por hombres de idéntica raza.

Las bibliotecas y los relatos del Santo Oficio en América debidos a la pluma de nuestro compatriota, prueban de igual suerte que estas naciones fueron amamantadas con la misma leche intelectual, y educadas con el mismo y santo temor de la herejía, bajo la doble égida de la Majestad de Dios y de la Majestad del Rey.

1)) Discurso pronunciado en los funerales de don José Toribio Medina, quién falleció el 11 de Diciembre de 1930, en su casa de la calle Doce de Febrero.

Los criollos hispanoamericanos formaron su alma en una sola casa, y con la dirección de maestros inspirados por análogos principios. Esta es la filosofía que nos enseña la sabia investigación de Medina.

No hay motivo, ni razón, para que los descendientes de aquellos hombres se alejen unos de otros, y lleguen a aborrecerse hasta la lucha fratricida.

Por el contrario, la historia del origen y desenvolvimiento de Hispano América les llama a estrecharse más y más, para marchar juntos en el combate por venir.

Cuando la confederación americana, ese glorioso sueño de Bolívar, se convierta en una realidad, entre los escritores que han contribuído a darle vida, se recordará con justicia el nombre ilustre del chileno Medina, a quien rendimos hoy doloroso homenaje.

Sus obras son conocidas y admiradas en todo nuestro Continente; desde el norte, donde se contempla el admirable desarrollo y se oye el estrepitoso rumor de las grandes naciones sajonas, hasta el Estrecho de Magallanes, donde mezclan sus aguas los mayores océanos de la tierra.

No hubo comarca del Nuevo Mundo, ni isla, ni valle, ni río, ni montaña, cuya historia no investigó José Toribio Medina con la poderosa lente de su ojo incansable.

No hubo libro, inédito o impreso, compuesto bajo este cielo durante la dominación de España, que no haya descrito en sus doctas monografías.

Cuando los españoles quieran narrar la vida de su imperio colonial necesitarán estudiar los libros de Medina, como una de las fuentes más fecundas de esa historia.

Este círculo de las letras no poseía una naturaleza vigorosa.

La cabeza privilegiada que concibió y realizó tantos planes de resurrección histórica, coronaba un cuerpo pequeño y débil.

El organismo físico ofrecía un notable contraste con la importancia gigantesca de su labor.

En otra esfera, la sencillez del traje y la carencia de lujo en la

morada le hacían pasar inadvertido en medio de los vecinos de Santiago.

La mayoría de ellos ignoraba dónde vivía, y, en cierta ocasión, un cajero de Banco le exigió que comprobara su identidad personal.

Este es un ejemplo vivo de la vanidad humana. ¡Cuántos individuos desnudos de todo mérito reciben rendido acatamiento, gracias a la pompa de que se rodean!

En cambio, ningún escritor español, ningún literato de Estados Unidos visitaba nuestra capital sin ir a saludar a Medina, en esa casa modesta que por muchos años le sirvió de imprenta para dar a luz sus eruditos trabajos.

La muerte, que sepultará a muchos poderosos de hoy en el eterno olvido, esculpirá la estatua de Medina en el mármol imperecedero de sus estudios de bibliografía y de investigación histórica.

Pero, si la multitud incultá no comprendió las grandes virtudes de este hombre benemérito, las autoridades de su Patria y de España supieron honrarle con magnanimidad.

Casi todos los Presidentes de Chile, desde don Domingo Santa María, que le envió a la Península, para que estudiara los archivos coloniales, fueron amigos suyos. Errázuriz Echaurren, como se recuerda, eligió la casa de Medina para resolver allí un grave conflicto internacional.

Los principales historiadores chilenos de su tiempo aprovecharon los ensayos y documentos publicados por él.

Nuestra Universidad, por fin, le distinguió especialmente como miembro académico y mandó imprimir algunas de sus memorias.

Entre las corporaciones extranjeras, la Academia Española, de la cual era individuo correspondiente, acogió en su último diccionario numerosos chilenismos propuestos por Medina; y la Real Academia de la Historia le confió la insigne honra de nombrarle miembro honorario.

Interminable es la lista de las condecoraciones y medallas que recibió José Toribio Medina, en Chile y fuera de Chile.

No son éstas, sin embargo, las flores que adornarán para siempre su ataúd.

Las cruces de oro y esmalte también caen bajo la acción destructora de los años.

Medina vivirá en los centenares de libros engendrados por su constancia y sabiduría.

